

CUADRANTE



Dos escenificaciones desconocidas

El eco de la palabra (valleinclaniana)

"La rosa de papel" de Valle-Inclán e o "Orfeón Los Amigos": unha sociedade coral pontevedresa de finais do século XIX

Valle-Inclán frente a la gran guerra: una entrevista de Luis G. Urbina al escritor recién llegado de Francia

Dos Do Vale de Bares aos Del Valle-Inclán de Sobrán

El transitus perceptivo en "La lámpara maravillosa" de Valle-Inclán

Un conto de Valle-Inclán e os montes comunais galegos

Rumbos de "La pipa de kif"

Nº 23

Los Amigos
Valle-Inclán
Vilanova de Arousa





CUADRANTE



Revista de Estudos Valleinclanianos e Históricos

Editada pola
Asociación de Amigos de Valle-Inclán e a Fundación Valle-Inclán

Amigos
Valle-Inclán
Vilanova de Arousa



CUADRANTE

PRAZA VELLA, 9
VILANOVA DE AROUSA.
APARTADO DE CORREOS Nº 66
www.amigosdevale.com

Decembro 2011

Director:

Francisco X. Charlín Pérez

Consello de Redacción:

Joaquín del Valle-Inclán Alsina

Margarita Santos Zas

Juan Antonio Hormigón

Xosé Luis Axeitos

Sandra Domínguez Carreiro

Ramón Martínez Paz

Xaquín Núñez Sabarís

Xosé Lois Vila Fariña

Ramón Torrado

Jesús Blanco García

Director Servicio de Publicacións:

Gonzalo Allegue

Xestión e administración:

Pablo Ventoso Padín

Ángel Varela Señoráns

Diseño e maquetación:

Carlos Sánchez Crestar

Ilustracións suplementarias :

Marcela Santórum (ilustracións capa)

Eugenio de la Iglesia (encabezamento capítulos)

Imprime:

Imprenta Fidalgo, S.L.

Cambados (Pontevedra)

Dep. Legal: PO-4/2000

I.S.S.N.: 1698-3971

Cuadrante non mantén correspondencia sobre orixinais recibidos e non solicitados.

A responsabilidade das opinións vertidas pertence exclusivamente ós autores o mesmo que o respecto á propiedade intelectual, recaíndo sobre eles calquera acción xudicial no caso de producirse plaxia.

Sumario:

Juan Antonio Hormigón:

Dos escenificacións desconocidas páx. 5

Antonio Espejo Trenas:

El eco de la palabra (valleinclaniana) páx. 15

Fernando López-Acuña López:

“La rosa de papel” de Valle-Inclán e o “Orfeón Los Amigos”: unha sociedade coral pontevedresa de finais do século XIX páx. 31

Daria Alesi:

Valle-Inclán frente a la gran guerra: una entrevista de Luis G. Urbina al escritor recién llegado de Francia páx. 45

José-M^a Monterroso Devesa-Juega:

Dos Do Vale de Bares aos Del Valle-Inclán de Sobrán páx. 59

Enrique Prado:

El tránsito perceptivo en “La lámpara maravillosa” de Valle-Inclán páx. 65

Francisco Xavier Charlín Pérez:

Un conto de Valle-Inclán e os montes comunais galegos páx. 115

Xosé María Álvarez Cáccamo:

Rumbos de “La pipa de kif” páx. 131



Esta revista ha recibido una ayuda de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas para su difusión en bibliotecas, centros culturales y universidades de España, para la totalidad de los números editados en el año 2011

CEDRO

La Editorial a los efectos previstos en el artículo 32.1 párrafo segundo del vigente TRLPI, se opone expresamente a que cualquiera de las páginas de *Cuadrante* o partes de ella sean utilizadas para la realización de resúmenes de prensa. Cualquier acto de explotación de la totalidad o parte de las páginas de *Cuadrante* precisará de la oportuna autorización que será concedida por CEDRO mediante licencia dentro de los límites establecidos en ella.



Valle-Inclán frente a la Gran Guerra:

una entrevista de Luis G. Urbina al escritor recién llegado de Francia.

Daria Alesi
Universidad de Santiago de Compostela

Valle-Inclán llega por primera vez a México en abril de 1892, para quedarse hasta mediados de marzo de 1893.¹ Durante este tiempo, establece una abundante red de relaciones con los intelectuales autóctonos, en el marco del gobierno porfirista y de la primera etapa modernista, representada por José Martí, Manuel Gutiérrez Nájera, Julián del Casal y José Asunción Silva.² Desde el principio, el joven escritor entabla una colaboración habitual con la prensa mexicana, fir-



Luis Gonzaga Urbina.

mando treinta y cinco textos casi todos dedicados a temas españoles, en periódicos como *El Correo Español* y *El Universal*.³

Como demuestra la entrevista que se ofrece a continuación, Valle conoce también al poeta y escritor mexicano Luis Gonzaga Urbina que, en este texto fechado 1916, afirma haberse despedido de Valle “más de veinte años” atrás. La entrevista de Urbina a Valle-Inclán, se publica por primera vez en el verano de 1916 en *El Heraldo* de La Habana (texto que no hemos localizado por el momento) y, un poco más tarde, el 30 de septiembre y el 7 de octubre de 1916, aparece en *El Heraldo* de Nueva York (Anexo).⁴ En 1920

¹ Esta investigación se ha realizado gracias al apoyo del programa de becas de formación doctoral del Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación de España (AECI).

² Según los testimonios, Valle llega a conocer personalmente al joven escritor Manuel Larrañaga Portugal, Salvador Díaz Mirón y Carlos Díaz Dufóo; además, en *El Universal*, su firma aparece publicada al lado de las de Díaz Mirón, Carlos Díaz Dufóo, Gutiérrez Nájera, Francisco de Ycaza, Balbino Dávalos, Rubén Darío, Julián del Casal, Martí, Ricardo Palma, Gómez Carrillo, entre otras (José García Velasco, “Valle-Inclán en su camino de Damasco. El primer viaje a México”, en *Valle-Inclán (1898-1998): Escenarios*, ed. Margarita Santos Zas, Luis Iglesias Feijoo, Javier Serrano Alonso y Amparo de Juan Bolufer, Servizo de Publicacións da Universidade de Santiago de Compostela, Actas del

Seminario Internacional, noviembre-diciembre, 1998, pp. 29-71).

³ Además de firmar en estos periódicos, a mediados de noviembre de 1892, Valle se traslada a Veracruz en calidad de codirector de *La Crónica Mercantil* (véase William L. Fichter, “Comienzos literarios. La formación de Valle-Inclán”, en *Ramón del Valle-Inclán, An Appraisal of his Life and Works*, New York, Las Americas Publishing, 1968, pp. 177-191; Luis Mario Schneider, *Todo Valle-Inclán en México*, México D. F., UNAM, 1992, pp. 11-12; y también, José García Velasco, op. cit., p. 30).

se reedita en el libro *Estampas de viaje. España en los días de la guerra*, junto con otros artículos y semblanzas; y, finalmente, se incorpora a *Crónicas* de 1950, recopilación prologada por Julio Torri.⁵

Luis Gonzaga Urbina (1864-1934) se considera uno de los poetas y escritores más destacados de las letras mexicanas del primer tercio del siglo XX, caracterizado por el lirismo y la humanidad que infunde a todos sus libros, escritos bajo el lema: “crear, crear”.⁶ De hecho, a pesar de que maneje diferentes modalidades literarias como la poesía, la prosa, la crónica y la reseña de teatro, su obra denota una personalidad intelectual acusadamente homogénea.⁷ Su trayectoria literaria abarca el periodo que va, desde los últimos soplos de la corriente romántica hasta el postmodernismo, dejándose influenciar también por

parnasianos y simbolistas. Efectivamente, el estilo de Urbina se distingue por ser equilibrado, musical y por la ausencia de cualquier vulgaridad, incluso cuando alude a temas tri-

viales y cotidianos. Preocupado sólo por refinar su virtud poética, Urbina rehúye todo tipo de afán de gloria y sometimiento a escuelas literarias; por ende, consigue forjar un arte absolutamente personal, que Julio Torri definirá “del desengaño mitigado y de la remembranza”, tanto en la poesía como en la prosa.⁸

La formación literaria de Urbina se desarrolla sobre todo gracias a su destacada curiosidad intelectual, que le propor-

cionará los medios para tratar y opinar sobre una gran diversidad de temas, que van desde las investigaciones criminológicas lambrosianas hasta los *lieder* de Heine.⁹ Mientras cursa los estudios oficiales en la Escuela Nacional Preparatoria, empieza a colaborar como redactor y crítico teatral en el rotativo *El Siglo XIX* y participa, incluso, en publicaciones como *El Mundo Ilustrado* y *El Imparcial*. De 1894 hasta 1896 trabaja como secretario de redacción en la revista *Azul*, en la que sobresale por sus reseñas teatrales y por sus crónicas, sobre todo las que relatan los crímenes cometidos a principios del siglo XIX en su México natal.¹⁰ El propietario de la revista es el poeta Manuel Gutiérrez Nájera, a quien Urbina debe su vocación poética y su primera formación estilística. La revista fundada por el “Duque Job” tuvo gran repercusión



Ramón del Valle-Inclán
1892-1893.

⁴ Amparo de Juan Bolufer “Dicen que Ramón del Valle-Inclán dijo... Problemas de mediación en entrevistas y declaraciones”, en *Biadomin*, 3, 2010, p. 14. Aprovecho la ocasión para expresar mi sincera gratitud a la Dra. Amparo de Juan Bolufer, por haberme facilitado este artículo suyo, una copia de la entrevista publicada en *El Heraldo* de Nueva York y por su orientación. Asimismo, deseo expresar mi reconocimiento al Dr. Javier Serrano Alonso por su disponibilidad durante el proceso de redacción de este trabajo.

⁵ El título y la referencia bibliográfica de la entrevista publicada en las dos recopilaciones es: Luis G. Urbina, “Valle-Inclán”, en *Estampas de viaje. España en los días de la guerra*, Madrid, Yagües, 1920, pp. 211-233; “Valle-Inclán”, en *Crónicas*, prólogo de Julio Torri, México, UNAM, 1950, pp. 212-222.

⁶ Gabriel Rosenzweig, *Autores mexicanos publicados en España, 1879-1936. Notas de bibliografía mexicana*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1992, p. 13, nota 10.

⁷ Luis G. Urbina, *Poemas selectos*, prólogo de Manuel Toussaint, México, Tip. Murguía, 1919, pp. 6-7.

⁸ Luis G. Urbina, *Crónicas*, op. cit., pp. v-vii.

⁹ *Ibid.*, p. xviii.

¹⁰ La mayor parte de las crónicas teatrales fueron compiladas por Gerardo Sáenz en el volumen *Ecos teatrales*, México, D.F., Instituto Nacional de Bellas Artes, 1962.

en las letras mexicanas y en el extranjero, pues dio cabida a las tendencias modernistas y difundió las obras de escritores españoles y franceses, de orientación simbolista.¹¹

Si Gutiérrez Nájera es el mentor juvenil de Urbina, el educador Justo Sierra es el otro personaje-guía que completa su formación; durante los últimos años del gobierno porfirista, éste último asumió la gestión del cargo de Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes y Urbina fue su secretario particular.¹² El gran mérito de Sierra fue promover reformas innovadoras en el ámbito de la educación y convirtió a Urbina en uno de sus protegidos, es decir, en uno de esos jóvenes que deseaban superar la educación positivista del país, ya en evidente decadencia e instrumentalizada por el gobierno. A partir de aquel momento, Luis G. Urbina estuvo vinculado tanto a la administración pública como a los medios de comunicación del país.¹³ Gracias al prestigio conquistado, fue nombrado director de la Biblioteca Nacional de México, en la que se volcó en la conservación de los textos sagrados; de hecho, bajo la gestión de Urbina (1913-1914) nace el Departamento de Biblias y sus Comentaristas.¹⁴

A causa de la inestabilidad política producida por el movimiento revolucionario, el 1 de marzo de 1915, Urbina se exilia en La Habana donde sobrevive gracias al oficio de

periodista y de profesor particular. De ahí, en mayo de 1916, viaja a España como corresponsal de *El Herald de La Habana* y, en esta ocasión, tiene la oportunidad de conocer a varias personalidades literarias de la época,



El educador Justo Sierra.

como atestigua su recopilación *Estampas de viaje. España en los días de la guerra*.¹⁵ “Con mi propósito de silencioso acercamiento a los hombres de letras, he tenido oportunidad de ver y oír en Madrid a algunos de los más encopetados y célebres”.¹⁶ Probablemente, en 1916, pocos meses después de la entrevista a Valle-Inclán, Urbina, junto con Francisco Villaspesa y José Ingenieros, funda la revista *Cer-*

vantes. Revista mensual iberoamericana, publicación que quería estrechar las relaciones entre la literatura Española e Hispanoamericana.¹⁷

El resto de su vida lo pasa en la capital española, abandonándola sólo para cumplir algunas misiones oficiales: en abril de 1917 marcha a Buenos Aires para pronunciar unas conferencias sobre la literatura mexicana;¹⁸ a principios de 1918 regresa a México y le proclaman primer Secretario de Legación,

¹⁴ Armando Pereira (coord.), op. cit., pp. 53-54.

¹⁵ Belém Clark de Laxa, *La república de las letras: asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, México, UNAM, 2005, p. 473.

¹⁶ Luis G. Urbina, “Valle-Inclán”, en *Estampas de viaje*, op. cit., p. 216. En este libro, además de Valle-Inclán, aparece la semblanza de dos escritores teatrales: Iglesias y Guimerá.

¹⁷ La revista se publica desde agosto de 1916 a diciembre de 1920, con un paréntesis de seis meses. Francisco Villaspesa, Luis G. Urbina y José Ingenieros fueron los primeros codirectores de la revista, hasta septiembre de 1917 (Mañana Gálvez Acero, “*Cervantes*, revista mensual iberoamericana. Origen y vigencia”, en *Las relaciones literarias entre España e Iberoamérica. XXIII Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana (Madrid, 25-29 de junio de 1984)*, Madrid, Editorial Complutense, 1987, pp. 715-722).

¹¹ Armando Pereira (coord.), *Diccionario de literatura mexicana del siglo XX*, México D. F., UNAM, 2004, pp. 46-47. “Duque Job”, es el seudónimo de Gutiérrez Nájera. Urbina utilizaba él de “Daniel Eyssette” y, en *Azul*, publicaba en la sección de *Caprichos*.

¹² Luis G. Urbina, *Crónicas*, op. cit., pp. xvii-xviii.

¹³ Manuel Fernández Perera (coord.), *La literatura mexicana del siglo XX*, México D. F., Fondo de Cultura y las Artes, 2008, p. 17-18.

adscrito a la Embajada de Madrid, y el 11 de septiembre, ya de vuelta a Madrid, es elegido miembro de la Academia Mexicana. En 1921 viaja primero a Italia, a París y, luego, vuelve de nuevo a su tierra natal para ser nombrado Secretario del Museo Nacional de Arqueología, Etnografía e Historia.¹⁹

En 1925 regresa por última vez a México para recibir nuevos encargos, como el de director de la Comisión Del Paso y Troncoso, ocupación a la que se dedicará a partir del 1 de enero de 1926, una vez asentado definitivamente en Madrid. En la capital española, Urbina reforzará su amistad con don Ramón y aparecerá entre los integrantes de la tertulia valleinclaniana del café Regina, junto con Alfonso Reyes, el embajador mexicano Miguel Alessio Robles y Francisco A. de Icaza, a quien sustituyó como director de la Comisión Del Paso y Troncoso.²⁰ Estas actividades y otras de distinto tipo le mantuvieron ocupado hasta su muerte, ocurrida en la capital española en 1934.²¹

El subtítulo de la entrevista publicada en *El Herald* de Nueva York, “La consagración de la crítica en las catedrales literarias”, se

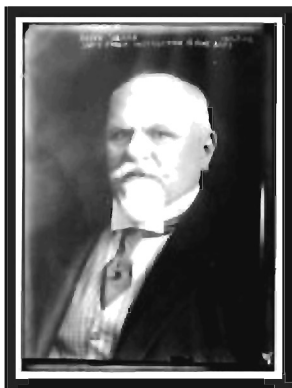
Valle-Inclán publicó un cuento titulado *Geórgicas*, en el número V de diciembre de 1916 (pp. 26-31). El texto aparece precedido por *Doña Francesca* y *Doña Clara* de Gabriele D’Annunzio y seguido por *Poesías inéditas: A la República Dominicana* de Rubén Darío.

¹⁸ Conferencias recogidas en Luis G. Urbina, *La vida literaria de México y la literatura mexicana durante la guerra de la independencia*, prólogo de Antonio Castro Leal, México, Porrúa, 1946.

¹⁹ José Emilio Pacheco, *La originalidad de Luis G. Urbina lo salvó de ser un epígono*, Comunicado No. 231, http://www.conaculta.gob.mx/sala_prensa_detalle.php?id=11165.

²⁰ Además de la creación poética y del interés

debe a la amplia introducción que Urbina antepone al encuentro con Valle-Inclán, en la que describe la difícil situación del escritor español que, a fin de cuentas, es muy parecida a la mexicana: quien no conseguía su sueño de gloria acababa en la calle, en un despacho de redacción o en un empleo de oficina cualquiera, malgastando sus años más prolíficos en cuadernos de contabilidad.²² En España, dice Urbina, los jóvenes poetas que querían alcanzar el éxito tenían que consagrarse en las “catedrales” literarias de Madrid o Barcelona, en donde estaban dispuestos a intentarlo todo para granjearse el favor



Manuel Gutiérrez Nájera, el “Duque Job”.

estético, Valle-Inclán y Urbina compartían la misma preocupación por la condición del indio: por ejemplo, sabemos que Valle interviene con entusiasmo a propósito de la reforma agraria ratificada por la primera Ley de Ejidos: “la tierra es de quien la labra” (*El Universal*, 23 de septiembre de 1921, en Luis Mario Schneider, op. cit., pp. 12. Por lo que se refiere a la Ley de Ejidos, véase Zazil Sandoval Aguilar, *Guía de Restitución y Dotación de Tierras y de Reconocimiento, Confirmación y Titulación*, México, Registro Agrario Nacional, CIESAS, 1999, pp. 19-31). Asimismo, Urbina, a pesar de que no tenga en alta consideración el intelecto del indio en general, propone algunas reformas en contra de la explotación de los niños, la prostitución, el analfabetismo y se muestra a favor del fomento cultural a fin de rescatar a los jóvenes del alcohol (Luis G. Urbina, *Crónicas*, op. cit., pp. xiv-xv). Además, el escritor José Emilio Pacheco escribe de Urbina: “cuando todos se avergonzaban del mestizaje, *El Viejecito*, como lo llamaron desde su adolescencia, se mostró orgulloso de su aspecto que definía como de ‘indio pollero’” (*Antología del modernismo, 1884-1921*, tomo I, Ediciones Era, 1999, p. 131). Tanto para definir la personalidad de Urbina como para conocer otros rasgos que tenía en común con Valle-Inclán, véase Alfonso Reyes, “Recordación de Urbina”, en *Obras completas*, XII: *Grata compañía, Pasado inmediato, Letras de la Nueva España*, Fondo de Cultura Económica, 1997, pp. 271-278.

²¹ Belém Clark de Lara, op.cit., pp. 474-475.

de la crítica. A pesar de los esfuerzos, algunos fallaban y no les quedaba ni la gloria ni el pan: “el pan es gloria; la gloria es pan” (30 de septiembre, p. 1); otros, más ingeniosos, estaban dispuestos a considerar caminos diferentes, como podía ser el del teatro, la novela o el periodismo. Tras revisar la biografía del escritor mexicano, no sería arriesgado afirmar que habla con conocimiento de causa, pues Urbina, en el texto de la entrevista, afirma que la crítica teatral representa una fuente segura de éxito, que el libro no enriquece y que el periodismo tampoco, pero puede proporcionar cierta popularidad; es decir, lo que él mismo estaba experimentando en su profesión:²³ “Muchos son los que, rodando del teatro o del libro, caen en el periódico, y en él quedan, aunque siempre dispuestos a nuevas y audaces tentativas para triunfar en el tablado y en el volumen” (30 de septiembre, p. 1).

Urbina encuentra a Valle-Inclán mientras pasea por la Calle de Alcalá, en una noche de verano “prometedora de frescura”. El gallego, al levantarse de la mesa de un café,



Escultura en homenaje a Simón Bolívar, situada en el Parque Oeste de Madrid e inaugurada en 1970. A partir de 1922 y a petición de Luis G. Urbina, miembro de la Academia Mexicana, se intentó realizar un conjunto escultórico que diera proyección universal al libertador de cinco naciones en Sudamérica.

²² Manuel Fernández Perera (coord.), op. cit., p. 19. A propósito de la condición del escritor mexicano en aquel entonces, Nervo toma como ejemplo a Urbina: “Condenado a ser lo que no ha querido ser, gastando sus días en el pupitre de la oficina o en la redacción de un periódico, escribiendo de prisa sobre las rodillas editoriales o crónicas de teatro, dando a los diarios lo mejor de su esencia juvenil y vigorosa, derrochando vitalidad en naderías obligatorias” (Amado Nervo, *Cuentos y crónicas de Amado Nervo*, México D. F., UNAM, 1993, p. xii).

²³ Luis G. Urbina, *Crónicas*, op. cit., pp. xviii-xx.

se dirige hacia él llamándole en voz alta; Urbina, con estupor, reconoce al célebre literato y reflexiona sobre el tiempo pasado desde la última vez que se habían despedido en México: “Más de veinte años hacía que en una calle de México nos habíamos dicho: ‘hasta luego’, como quienes se despiden para tornar a verse a la siguiente mañana. Y el mañana ha sido muy largo, no obstante, Ramón del Valle-Inclán ha sabido llenarlo de gloria y aventura” (30 de septiembre, p. 3).

Ese mismo verano de 1916, Valle había regresado de París donde había visitado el frente de batalla en las líneas del Marne, como corresponsal de *El Imparcial*, a raíz de una invitación oficial del gobierno de Francia, que le había tramitado su amigo Jacques Chaumié, cónsul francés en España. Don Ramón se había mostrado partidario del bloque aliado, en contra de la postura de la mayor parte de los carlistas que simpatizaban con Alemania, y lo había ratificado publicando el “Manifiesto de los Intelectuales Españoles” a favor de los aliados, el 5 de julio del año anterior.²⁴ Desde luego, a Urbina le interesaba sumamente conocer las impresiones de Valle-Inclán sobre el conflicto, por lo que quedaron para verse al día siguiente en casa del ilustre escritor, en la calle Francisco de Rojas.²⁵

Para el investigador en busca de declaraciones directas del autor gallego, esta entrevista no será muy productiva, aunque aporta

²⁴ Dru Dougherty, *Un Valle-Inclán olvidado*, Madrid, Fundamentos, 1983, p. 74, nota 93.

detalles interesantes sobre su persona y sus cualidades de orador; según la declaración del mismo entrevistador, “lo que en Valle-Inclán seduce como narrador, interesa menos que lo que tiene de expositor” (7 de octubre, p. 3). La transcripción de las palabras pronunciadas por el entrevistado no es literal en algunos casos, pues el escritor mexicano ha preferido filtrar el discurso entre el emisor y el público potencial, a través de una fascinante semblanza valleinclanesca, seguramente una de las más minuciosas y esmeradas que se han rescatado hasta ahora.²⁶

Desde que la criada “risueña y fresca” le abre la puerta de la vivienda, el huésped parece describir un ambiente aseado y acogedor:



1916. Valle-Inclán en París.

un saloncillo amueblado con gusto, tapicería de seda, pinturas y dibujos colgando de las paredes, y un retrato de don Jaime con dedicatoria.²⁷

La entrevista se realiza en el saloncillo: Urbina, sentado en el sillón, y Valle, en el sofá, se quedan conversando hasta la caída de la noche. Urbina advierte que el temperamento del escritor gallego se había dulcificado a lo largo de los últimos veintiocho años, e incluso su aspecto había cambiado notablemente: “me desconcierta la imagen que conservaba en la memoria; pero, en cambio, vuelvo a sentir la influencia de la mirada y de la sonrisa [...]”

(7 de octubre, p. 1).

El entrevistador centra la descripción en

²⁵ Existe una notable confusión a la hora de establecer el número del domicilio de Valle situado en la calle Francisco de Rojas. Urbina indica el número 3; Javier del Valle-Inclán Alsina escribe que el primer domicilio de Josefina Blanco, después de unirse en matrimonio en 1907, “es un piso del número 9 de la calle Francisco de Rojas, donde vivió Valle su soltería en compañía del pintor Ángel Zarraga, y cuyos sótanos, al menos en parte, tenía alquilados como almacén de libros” (“Apuntes para una biografía de Josefina Blanco”, *Galegos=Gallegos*, n° 5, 2009, pp. 161-166); en cambio, Manuel Alberca y Cristóbal González afirman que el primer piso de la pareja fue el de la calle Santa Engracia, número 23 y que, sucesivamente, a partir de 1914, “además de la mansión de Cambados, tuvo casa puesta en Francisco de Rojas, 5” (*La fiebre del estilo*, Madrid, Espasa, 2002, pp. 110-111, 154). Hormigón, aunque con reservas, dice que entre 1914 y 1920 vive en el número 5 (Juan Antonio Hormigón, *Valle-Inclán: Biografía cronológica y Epistolario. Volumen I*, Madrid, Asociación de Directores de Escena de España, 2006, pp. 280-281). Enrique Torner afirma que vive en el número 5 durante los años 1918-1919 (*Geografía esperpéntica: el espacio literario en los esperpentos de Valle-Inclán*, University Press of America, 1996, p. 17).

Juan López Nuñez, en una entrevista de 1915, afirma que el escritor vivía en la calle de Francisco de Rojas, n° 5 (“Valle-Inclán - Dos palabras”, *Por Esos Mundos*, 1 de febrero de 1915, en Valle-Inclán, *Entrevistas, conferencias y cartas*, ed. Joaquín y Javier del Valle-Inclán, Valencia, Pre-Textos, 1994, p. 131).

²⁶ Amparo de Juan Bolufer, op. cit., p. 14.

²⁷ Jaime de Borbón y Borbón-Parma, único hijo varón de Carlos de Borbón y de la princesa Margarita de Borbón-Parma y, por eso, heredero natural de la causa tradicionalista. Según Margarita Santos Zas, Valle sigue la misma postura de don Jaime frente al conflicto mundial: “Don Jaime había declarado la neutralidad de su partido en la conflagración mundial y condenó abiertamente la postura germanófila y el apoyo a Alemania de los carlistas españoles, liderados por Vázquez Mella, actitud que fue el origen de la escisión del partido y una de las razones, a mi juicio, del alejamiento de Valle-Inclán del mismo” (“Sobre la recepción de Valle-Inclán en Francia”, en *Teatro español: autores clásicos y modernos: homenaje a Ricardo Doménech*, Madrid, Fundamentos, 2008, p. 166). Sobre las pinturas y dibujos que Urbina pudo observar en el piso de Valle, se podría aventurar una identificación a

el conjunto de sensaciones que le transmite el *ars oratoria* de Valle, capaz de cautivar al oyente más exigente mediante la sugestión de las palabras, adecuadamente moduladas y acompañadas por la singular expresividad de su figura: “yo lo estudio y pretendo darme cuenta del poder de su fascinación” (7 de octubre, p. 3). Al principio Urbina, perdido en sus pensamientos, entabla una conversación “des-hilvanada, insubstantial” pero, finalmente, se decide a preguntar lo que estaba deseando desde que había llegado: el impacto que le había provocado



Ramón del Valle-Inclán (Anselmo Miguel Nieto).

la visita al frente francés;²⁸ entonces Valle-Inclán se transforma respectivamente en el profesor, orador, predicador y batallador, que Urbina escucha “con atención escolar”. De hecho, don Ramón empieza a hablar apasionadamente acerca de la lucha en el campo de batalla, de las trincheras y de los horrores propios de la guerra, consiguiendo que todas

través de otras fuentes y entrevistas. En lo referente a este estudio, sólo se dirá que el retrato de Valle-Inclán al que el escritor mexicano presta atención, parece coincidir con el de Anselmo Miguel Nieto de 1912, es decir, el mismo lienzo que el pintor presenta en su primera exposición individual celebrada en ese año, junto con otros trece retratos de mujer. Se trata de una coincidencia muy probable, pues el fondo de paisaje que evoca el arte renacentista italiano, no deja lugar a dudas. En cambio, Urbina no ofrece ningún detalle del “óleo viejo” y de las “otras pinturas y dibujos” que decoran el saloncillo (Juan Antonio Hormigón, coord., *Valle-Inclán y su tiempo hoy. Catálogo general*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1986, pp. 83-86, 107).

²⁸ A través de la serie de crónicas que procede de su viaje, sabemos que la experiencia había marcado intensamente la sensibilidad del escritor. Los textos aparecen en folletín en *Los Lunes de el Imparcial*, bajo el título de *Un día de guerra (Visión estelar)*. Primera parte. La

estas imágenes adquirieran su propia categoría estética.

Conquistado por la elocuencia del escritor, Urbina no transcribe los sucesos narrados, simplemente se queda impresionado por la forma en que van recreándose frente a sus ojos. Valle sabe “reconstruir” las imágenes de lo vivido, otorgando una fuerte connotación visual a las palabras, pues tanto en su actitud personal como en su obra, la estrecha relación entre el lenguaje y la creación plástica resulta imprescindible. Al fin de transmitir al lector una

idea de lo expuesto, Urbina enumera una serie de imágenes sucesivas como si fueran fotogramas de “una película a colores”²⁹ y se detiene a relatar sólo un episodio, el que le resulta más emocionante, es decir, cuando don Ramón experimenta el miedo causado por la explosión de una granada, de la que todavía conserva el casco.³⁰

En este pasaje, parece que el mexicano quisiera poner en práctica la teoría estética de la “visión estelar” del mismo Valle, es

Media Noche: 11, 14, 17, 23, 30 de octubre; 13, 23 de noviembre; 4, 18 de diciembre de 1916. Un día de guerra. (Visión estelar). Segunda parte. En la luz del día: 8, 22 de enero; 5, 26 de febrero de 1917. A partir de ellos publica La Media Noche. Visión estelar de un momento de guerra, Madrid, Imp. Clásica Española, 30 de junio de 1917.

²⁹ “Es como una película de colores la que estoy mirando”: declaración que denota cierto interés en este contexto, sobre todo a la luz de la predilección que Valle siente hacia todas las artes plásticas, ya ampliamente manifestada antes de 1916, y repetida en varias ocasiones después. Por lo que se refiere al cine en particular, véase “Don Ramón del Valle-Inclán y el cine”, *El Cine*, 04 de febrero de 1922, en Valle-Inclán, *Entrevistas, conferencias y cartas*, op. cit., p. 219.

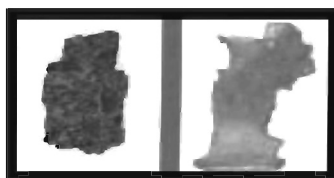
decir, crear una visión de conjunto de la guerra fuera del marco temporal y espacial, que queda sustituido por imágenes simultáneas, y contar los sucesos desde una perspectiva trascendente hasta llegar a la narración de un hecho particular: “el arte es siempre una abstracción”.³¹

A partir de los sucesos bélicos, el Valle-Inclán predicador desarrolla su propia teoría sobre el conflicto y “vaticina” la victoria aliada. Una vez más, y como demuestra su obra, logra encontrar la correspondencia entre realidad y postura estética: de pronto, la lucha se convierte en otro pretexto que le permite per-

feccionar su personal proceder artístico. Con actitud ascética el autor afirma que, dadas sus causas, la conflagración era inevitable; ahora el hombre tiene que superarla para seguir su natural peregrinación ascendente, que lo llevaría hasta el vértice de un ángulo esotérico, desde el que sería capaz de observar el pasado y el porvenir.³² Estética y metafísica se funden en el discurso de Valle y acaban por influenciar el lenguaje, alejándolo de las imágenes convencionales que suele evocar y abriéndolo a nuevas sugerencias y significados. Urbina observa: “a la finura de

la idea, une la orquestación mozartiana de los vocablos. ¿Un verbo-motor? Probablemente. Pero sobre todo un soberano artista de la fonética” (7 de octubre, p. 3).

Según reconoce el mismo entrevistador, estos conceptos embrionarios confluirán en el núcleo ideológico de *La lámpara maravillosa*, que Valle-Inclán venía redactando desde el 9 de diciembre de 1912, mediante diversos ensayos publicados en *Los lunes de El Imparcial* y que había editado el 8 de febrero de 1916.³³ Para demostrarlo, Urbina transcribe tres pasajes de la misma obra, concretamente tres párrafos pertenecientes al capítulo de



Fragmentos de metralla que Don Ramón guardaba en su casa.

“El milagro musical”, que aluden a la magia del lenguaje y de las palabras.³⁴ Por último, de acuerdo con el mexicano, se puede intuir que el eximio escritor, siempre persiguiendo la línea conceptual de “El milagro musical”, diserta sobre la relación entre el alma colectiva de los pueblos y la palabra.³⁵ Entonces, el Valle-Inclán predicador deja lugar al hombre de armas, al batallador,³⁶ que hipnotiza con la vehemencia de su propia dialéctica, como hizo San Bernardo que, “por tierras extrañas donde no podía ser entendido, levantó un ejército para la Cruzada de Jerusalén”; sólo gracias a la musicalidad de su “vieja lengua

³⁰ En el volumen II del *Catálogo de la Exposición Don Ramón María del Valle-Inclán (1866-1898)*, *Los primeros años en Madrid (1895-1900)*. *Los viajes: América y Francia*, aparece una foto de dos “fragmentos de metralla de una bomba que había estallado cerca de don Ramón” (Joaquín y Javier del Valle-Inclán comisarios, 4 vols, Universidad de Santiago de Compostela, 1998, p. 52).

³¹ Cipriano de Rivas Cherif, “El viaje de Valle-Inclán”, *España*, 11 de mayo de 1916, en Valle-Inclán, *Entrevistas, conferencias y cartas*, op. cit., p. 163.

³² “Peregrino del mundo, si miras con todos los ojos, amarás con todos los corazones, y tu intuición será teologal” (Ramón del Valle-Inclán, *La lámpara maravillosa*, ed. Francisco Javier Blasco Pascual, Madrid, Austral, 2011, p. 152).

³³ Virginia Milner Gadlitz, *El centro del círculo: La lámpara maravillosa de Valle-Inclán*, Santiago de Compostela, Servizo de Publicacións e Intercambio Científico, 2007, p. 16.

³⁴ Ramón del Valle-Inclán, *La lámpara maravillosa*, op. cit., pp. 90-91.

³⁵ “Toda mudanza sustancial en los idiomas es una mudanza en las conciencias, y el alma colectiva de los pueblos, una creación del verbo más que de la raza. [...] Triste destino el de aquellas razas enterradas en el castillo hermético de sus viejas lenguas [...]” (*Ibid.*, pp. 99-100).

³⁶ “[E]l encontrado batallar del alma humana agran-

de Oíl”, consiguió obrar el milagro.³⁷

Ahora Valle se ha puesto en pie y habla apasionadamente, a la vez que recoge la manga vacía por la espalda, dejando ver claramente su manquera a Urbina, que imagina estar contemplando una de aquellas “estatuas mutiladas de los santos de piedra que se yerguen en las hornacinas de las fachadas de los templos seculares” (7 de octubre, p. 3).

La entrevista termina pues ya es de noche y don Ramón invita al huésped a seguirle en su recorrido por las calles de Madrid y, mientras bajan las escaleras del edificio, Valle evoca recuerdos de México y Cuba.³⁸

Las últimas líneas nos permiten situar la entrevista en un margen de tiempo más restringido, pues Urbina comunica que hacía pocos días el ilustre escritor había dado una conferencia sobre el pintor catalán Anglada Camarasa, en ocasión de su Exposición de cuadros. Valle-Inclán fue copiosamente aplaudido y felicitado y, hasta el Gobierno, lo había nombrado profesor de Estética en la Escuela de Bellas Artes

de Madrid. La conferencia tuvo lugar el 15 de julio en el Palacio de Bellas Artes del Retiro y formaba parte de un ciclo que llevaba el título de “El arte de Anglada. Su significación, sus consecuencias, sus peligros”, que se había iniciado el 5 del mismo mes.³⁹



Tango de la corona. Obra de Anglada que Valle-Inclán nombra a lo largo de la conferencia del 15 de julio en el Retiro de Madrid: “se parece a un incendio en que cada mujer es una llama viva” (reseña de *El Liberal* del día 17 de julio).

da la cárcel de los idiomas, y a veces sus combates son tan recios, que la quiebran” (*Ibid.*, p. 99).

³⁷ “El verbo de los poetas, como el de los santos, no requiere descifrarse por gramática para mover las almas. Su esencia es el milagro musical” (*Ibid.*, pp. 92-93).

³⁸ Valle se enamora de México ya desde su primera estancia (1892-93): “Nunca me sentiré lejos de mi patria cuando estoy en México, donde se me animó a principiar y continuar la carrera literaria que he seguido, pues, repito, me considero ciudadano donde quiera que se hable esta lengua, que abraza estrechamente a quienes la hablan” (*El Universal*, 23 de septiembre de 1921, en Luis Maio Schneider, op. cit., p. 15).

³⁹ La exposición del pintor catalán Hermenegildo Anglada Camarasa fue inaugurada por iniciativa de la Asociación de Pintores y Escultores y el Círculo de Bellas Artes de Madrid. En el ciclo de conferencias, además de Valle-Inclán, participaron José Francés, Domenech y García Sanchiz. Tenemos constancia de la ponencia de nuestro escritor, gracias a las reseñas de *El Liberal* del día 17 y de *La Tribuna* del 17 de julio (Rosario Mascato Rey, “Valle-Inclán y Anglada Camarasa: una conferencia de 1916”, *Anales de la Literatura Española Contemporánea, Anuario Valle-Inclán*, 28.3, Universidad de Santiago de Compostela, 2003, pp. 185, 189-196). Véase también: [http://hemerotecadigital.bne.es/datos1/numeros/internet/Madrid/Liberal/%20El%20\(Madrid.%201879\)/1916/191607/19160717/19160717_00000.pdf#page=1](http://hemerotecadigital.bne.es/datos1/numeros/internet/Madrid/Liberal/%20El%20(Madrid.%201879)/1916/191607/19160717/19160717_00000.pdf#page=1)

Luis G. Urbina,

“Visitando a Del Valle-Inclán. La consagración de la crítica en las catedrales literarias”,

El Heraldo, Nueva York, 30 de septiembre de 1916,
pp. 1 y 3, y 7 de octubre de 1916, pp. 1 y 3.

Barcelona y Madrid son las catedrales de la literatura española. En cada una de ellas reside la diócesis de la crítica. Allí se consagra a los elegidos. Es preciso pasar por ahí para recibir las órdenes menores y mayores de las letras. Pero Barcelona tiene su especialidad regional: el lemosín.

Madrid es la primera, la fundamental, la tradicional. El talento de provincia necesita, para ser conocido y estimado y para ampliar su esfera de acción, venir a Madrid. Porque en Madrid se agolpan y tasan las joyas del ingenio. Bien visto, un poeta provinciano, apenas si para los distribuidores de gloria es algo más que un “ruiñón americano”. Necesita llegar y conquistar. Para unos, el camino es fácil, y la fortuna, mujer caprichosa, se muestra avasallada y rendida porque sí. Para otros, en cambio, es harto difícil y tortuoso el sendero, y esquivo y desdenosa la suerte.

Mas la ventaja estriba en que se puede cambiar de ruta y orientación: el teatro, la lírica la novela, la crítica, el periodismo. Hay, naturalmente, en todo eso, un aspecto mercantil y otro artístico. Un autor dramático, injustamente silbado, da media vuelta, marcha y encuentra sitio en la redacción de un diario. Claro que las facultades son diversas, y cada uno de esos intelectuales requiere especialización y preparación. No es posible abarcar en un puño, un conjunto de condiciones, tan disímiles, a veces, que lo que, por ejemplo, sirve para un género, es para otro absolutamente inservible y hasta perjudicial.

Pero la necesidad ayuda a la acomodación, y se establece un eclecticismo típico que da a la vida literaria de la Villa y Corte, variados y sugestivos aspectos. Es curioso contemplar aquí la lucha por la gloria, que se confunde y mezcla con frecuencia a la lucha por el pan, hasta constituir una sola lucha con identidad de valores en los propósitos: el pan es gloria; la gloria es pan.

No es sólo de Madrid esta inquietud batalladora que nos hace cambiar de rumbo y aplicar los esfuerzos a empleos para los cuales no habíamos educado nuestras aptitudes; pero aquí las dificultades de la

existencia personal del literato, obligan marcadamente, más tal vez que en otros países, a la desespecialización, a la difusión.

El teatro es la grande y primera fuente de riqueza para el hombre de letras. Quien llega a él y obtiene buen éxito, ya tiene asegurada la vida, a condición de no dormirse sobre los laureles. El libro es menos productivo, naturalmente; mas, aun con público restringido, si logra vencer, sostiene al autor, y sólo en contadas ocasiones lo enriquece. El dramaturgo, al imprimir sus obras, participa de las ventajas que le dan el teatro y el libro. El periodismo, particularmente si es literario, no es ni con mucho tan productivo como el teatro y el libro; pero es un «modus vivendi» que, a falta de recursos pecuniarios, ofrece los de la influencia y la popularidad que, en ciertos casos, prestan innegables servicios. Muchos son los que, rodando del teatro o del libro, caen en el periódico, y en él quedan, aunque siempre dispuestos a nuevas y audaces tentativas para triunfar en el tablado y en el volumen.

Con mi propósito de silencioso acercamiento a los hombres de letras, he tenido oportunidad de ver y oír en Madrid, a algunos de los más encopetados y célebres.

El verano suspende la vida social; los teatros se cierran; los palacios quedan abandonados, tristes los cafés, mudas las orquestas y transferidas las veladas del Ateneo. Medio mundo se va; pero el otro medio mundo permanece y sufre los rigores del día a cambio de la impagable frescura de la mayor parte de las noches.

Este es el tiempo de las fiestas al aire libre, de las Verbenas, de la opereta del “Magic-Park”, de las funciones del “Retiro”, de las nocturnas corridas de toros, del contento callejero que no quiere cesar hasta que lo sorprenda la luz del día.

Por calles y plazas va, en sonora fiesta, la multitud; los chicos vocean, gritan los billeteros, rasguean

sus apolladas vihuelas los mendigos; los tranvías derraman gentío en la Puerta del Sol; los salones de los cafés están hechos una ascua. ¿Pues qué hora es? Las tres de la madrugada. En esta ciudad parece que no duerme nadie.

Y es que el medio mundo que en Madrid quedó no es el más rico, sino el más bullanguero; el que gusta de las cenas y bailes de la Bombilla, de los mantones matizados, de la gracia oportuna, de la horchata de chufas y del suave viento de la noche.

En el mundo que se fue están distinguidos artistas y poetas.

Sin embargo, intentaré hacer el esbozo de uno que en Madrid permaneció hasta muy avanzado ya el Verano. Y así fue...

II

Una de estas noches, prometedoras de frescura, iba yo por el púncipio de la calle de Alcalá, rumbo al "Retiro", cuando de una de las mesas que de los cafés se desbordan, en tumultuoso desorden, por las amplias aceras, vi levantarse a un hombre vestido de negro. El sombrero, de anchas y flojas alas; la barba, no muy espesa, pero fluida y crecida sí, y casi en contacto con la barba, como disputando a ésta, territorio, unos quevedos dentro de cuyos grandes anillos de carey brillaban, con suavidad, los ojos oscuros; todos estos rasgos hiciéronme comprender que se trataba de un artista, probablemente de un pintor o de un escultor. La silueta, nerviosa y delgada, tenía mucho carácter. Mas lo que mejor le peculiarizaba era que, al andar, la manga izquierda de la americana, flotaba vacía: a juzgar por los movimientos de la manga faltaba el brazo desde un poco más abajo del hombro.

De pronto, no pude sospecharlo, pero un instante después, noté que a mí venía la singular persona, la cual, desde lejos, pronunciaba en voz alta, mi nombre; y, entonces, poniendo una rápida y profunda atención, hice un esfuerzo de memoria, extraje de ella una imagen, la comparé con la que estaba frente a mí, y estreché entre las mías la única mano que, con afable gesto, me tendía el barbudo y flaco hombre. Y como un recuerdo, a semejanza de los pájaros, mece ruido al volar y despierta a otros muchos, al saludar al recién llegado, recitaba yo para mi colete, el caricaturesco alejandrino de Rubén Darío:

"Este buen don Ramón, de las barbas de chivo..."

Efectivamente, allí estaba, en cuerpo mutilado y alma noble, Ramón del Valle-Inclán, el "Marqués", autor famoso, caballero de juventud trashumante, hidalgo enamorado de las hazañas, soñador de

viejas y tremendas fábulas, poeta raro y pulido, que revive en sus exquisitas canciones, la gracia honda y sutil, el encanto fragante de las trovas antiguas.

Más de veinte años hacía que en una calle de México nos habíamos dicho: "hasta luego", como quienes se despiden para tornar a verse a la siguiente mañana. Y el mañana ha sido muy largo, no obstante, Ramón del Valle-Inclán ha sabido llenarlo de gloria y de aventura.

-¿Qué hace usted por Madrid?

-Ya lo ve usted, vivit. Acabo de llegar...

-Pues yo también. Vengo de Francia; he estado en París, he visitado las trincheras. ¿Cuándo quiere usted que chademos?

-Cuando usted quiera; mañana mismo, si es posible.

-Sí, mañana. ¿Dónde vive usted?

-En una vieja posada. Será mejor que me dé la dirección de su casa; iré a buscarle.

-Bueno: calle de Don Francisco de Rojas, número 3; lo espero a las cinco de la tarde.

-No faltaré. Buenas noches, Ramón.

...

En un barrio madrileño, muy bien saneado y cómodo, en el segundo piso de una casa nueva, blanca, bien distribuida, vive ahora el insigne narrador del "Romance de Lobos". Una vivienda luciente de limpieza. Llamo; abre la puerta la muchacha criada, vestida con pulcritud, risuena y fresca. Dentro en la discreta penumbra de un angosto pasillo; después, levanta la criada un cortinón de rameada y vieja seda verde, y me invita a pasar. Es un saloncillo sobriamente amueblado: una mesa y una larga cómoda, de madera fina y adosados al muro blanco, en dos de los lados del cuadrilátero; frente a la mesa, apoyado también en el muro paralelo, un pequeño y sencillo sofá, acompañado, como de dos acólitos, de dos sillones braciabiertos; dos o tres sillas más por diversos rincones. Sobre la cubierta de la cómoda, en marco de metal, el retrato de un militar. Curioso la dedicatoria: es don Jaime. A muy poca altura de la mesa, un cuadro apaisado de medianas dimensiones: representa a Ramón del Valle-Inclán, de poco más de medio cuerpo, en postura sedente. La figura se destaca a un lado, en primer término, sobre una cortina descogida que deja ver, al recogerse, un fondo de paisaje soñado, como los de los retratos italianos del Renacimiento. Hay un bien logrado intento de psicología en este retrato. El ambiente de la obra tiene no sé qué de arcaico que parece emanar de la figura misma, barbuda, seria, serenamente grave.

Todo este interior está iluminado, por la claridad albi-

dorada de la tarde que entra, sin obstáculo alguno, por la ventana abierta, una ventana cuya amplitud ocupa el ancho de la pared. Sobre el sofá está colocado un hermoso óleo viejo; y a uno y otro lado de éste, otras pinturas y dibujos. Me siento a esperar. Respiro el tranquilo y silencioso ambiente de los “obreros de la palabra”. Me acuerdo de que yo viví así no hace mucho tiempo. Pasan unos minutos; oigo el eco sonoro de unos pasos que se acercan; una mano, muy delicada, de largos dedos, levanta el cortinón de la puerta; es él.

Es don Ramón del Valle-Inclán, pero un don Ramón más afectuoso, de una amabilidad tierna que presta a la voz un acento mórbido, tenoril, ligeramente impregnado de feminidad. Tras el saludo cariñoso, nos sentamos, yo, en mi sillón, y él, en el vecino extremo del sofá. Puedo observar, a toda luz y atentamente, a mi amigo. Su cabeza pequeña, de forma céltica, deja ver apenas, en el pelo corto, uno que otro hilo blanco; el cuís del rostro se conserva juvenil y terso; luciente está el oscuro castaño de la barba. Sobre la nariz, irregular, apedregada, un poco plebeya, cabalgan los anteojos descomunales, y este adminículo, que yo no le conocía, me desconcierta la imagen que conservaba en la memoria; pero, en cambio, vuelvo a sentir la influencia de la mirada y de la sonrisa, que son verdaderamente deliciosas.

Niños son los ojos, y niña la boca, y por ellos se exterioriza y derrama el candor ingénito y diamantino de las almas superiores. En la mirada y la sonrisa de Valle-Inclán se presiente la fuerza; pero se adivina la inocencia. Dicen que es maligno; no se le conoce; lo que se le conoce es lo apasionado, lo vivaz, lo nervioso. Dicen que es irónico; sí lo es, y bien se nota cómo el ingenio gusta de pasarse, con agilidad, duendil, por los jardines del epigrama. Pero ser irónico no implica siempre ser malicioso. La ironía suele no ser más que una corola encendida del rosal de la gracia. Y la gracia es esencialmente amor y candor.

Valle-Inclán es, tal vez, un ironista caprichoso, que juega gimnásticamente con la sutileza y el donaire. Se le juzga de otro modo, quizá porque pertenece a la generación de los iconoclastas, de aquellos jóvenes del “noventa y ocho” que se propusieron renovar las letras y que, para tal empresa, comenzaron por ejercitar sus rebeldías derribando sistemáticamente los ídolos, mirando y destruyendo, las celebridades de entonces. La tarea tenía más de atrevimiento que de justicia, pero nada de extraño y muy poco de censurable. Los que llegan a la lucha, empiezan por despreciar y desprestigiar, a los que ya cansados, conservan un puesto que hace falta a los

nuevos. Caen unos, levántanse otros, que, a su vez, serán derribados más tarde, y luego, apagadas las pasiones, viene la crítica, y, sin miramientos, da a cada quien, lo que en rigor le pertenece.

En un brevísimo instante pensé todo esto, mientras dábamos principio a una conversación deshulvanada, insubstantial, nutrida de incoherencias y preguntas vagas.

Aproveché un corto silencio para preguntarle lo que yo estaba deseando desde el principio de la entrevista:

-¿Y qué impresiones, tiene usted, Ramón, de su viaje a Francia?

-¡Oh,- me responde inmediatamente, y como adivinando mis intenciones,- estoy seguro del triunfo.

Empieza a hablar, elevando un poco la entonación, y haciendo intervenir, para subrayar la palabra, a la única mano que gesticula sobria pero elocuentemente. Cuéntame, desde luego, su excursión al campo de batalla, a las trincheras. Yo conozco todo esto por descripciones literarias. No olvido los fuertes artículos nutridos de verdad del Dr. Ferrara. Y a pesar de eso, la narración de Valle-Inclán, que no me cuenta nada nuevo, pone con mucha viveza la realidad frente a mis ojos. Es que estoy escuchando a un conversador pintoresco, muy rico de dicción, fácil y habilísimo en el manejo de las corrientes mentales para llevarlas por el cauce lógico, sin retenciones ni estancadas en los remansos de la digresión. El literato está acostumbrado a seguir sin desviaciones el curso principal de los sucesos. No se detiene en incidentes ni episodios, sino cuando cree que contribuyen a reforzar y a realzar la acción fundamental. Conoce los recursos para encender el interés y los aplica con precisión y seguridad. Se oye que, aún conversando, proyecta de antemano su discurso como quien traza el plan de una novela. Lo que me seduce en la charla de Valle-Inclán es la naturalidad. El pensamiento es espontáneo, la palabra, simple: no hay torceduras ideológicas ni contorsiones sintácticas.

Fluye el lenguaje claro y sonoro como agua de fuente montañesa. Mas, en esta misma sencillez, hay indudable elevación mental, sentimental y verbal. A ratos, la conversación toma aspecto áulico. Detrás del poeta, comienza a perfilarse el profesor. Yo escucho con una atención escolar: Estoy divirtiéndísimo. La vida de topo del soldado; su esfuerzo; su heroísmo, su alegría; los prodigiosos trabajos de defensa; los improvisados jardines; las tremendas máquinas de guerra; las calzadas polvorientas, los paisajes extraños; las descargas de fusilería; la imprevista visita de las granadas... Es como una película a colores la que estoy mirando.

Ramón iba acompañado, de un camarada y varios oficiales, por un camino, cerca de las tincheras, cuando, de pronto, vio que instantáneamente se cubría de polvo amarillento, la espalda del compañero, y, a la vez, él se sintió bruscamente empujado por un golpe de aire, y, a pocos pasos, hacia atrás, distinguió un gran agujero repentinamente abierto en la tierra, un furioso remolino de arena, y un formidable estallido; era una granada. Valle-Inclán creyó sentir en la suela de la bota el roce de un casco. Un minuto de estupefacción. Se declara el aire. Los visitantes y los oficiales habían salido ilesos. Y Valle-Inclán para darme una lección de «cosas», se pone en pie, va a la pieza vecina, y vuelve con un pesado tubo vacío: el casco de la granada. Me quedo como párvulo en “Kindergarden”. Aquellas proezas del novelista me hacen el efecto de uno de los cuentos fantásticos del “Cofre de Sándalo”. El escritor está junto a mí, con su sonrisa ingenua, y su mirada pura, y la expresión serena de su flaca y barbada faz. Entonces recuerdo...

Recuerdo de Valle-Inclán es un fantaseador extraordinario. Vive dentro de una gesta constante. ¿Abulta o deforma la verdad? ¿Es hiperbólico o decorador de la vida real? Yo pienso que, sencillamente, es un enamorado de lo maravilloso. Su exaltación imaginativa no es otra cosa que una resultante de sus generosas potencias espirituales, de su necesidad de ennoblecer la acción hasta los límites del ensueño. En el fondo del hombre de letras se agitan los atávicos deseos del hombre de armas. Sabido es que este admirable fantaseador tiene empapada la memoria, en filtros mágicos de aventuras y hazañas. Y se ve, cómo, en efecto, el valor en él está a la altura del ingenio.

Mas lo que en Valle-Inclán seduce como narrador, interesa menos que lo que tiene de expositor. Reproduce con mucho calor y mucha variedad una acción, pero es indudablemente superior cuando desarrolla una teoría. Aquí su facundia, que se refrena, y su lenguaje que se afina y torna más lúcido y precioso, sírvale de extraordinario modo, para enlazar, en sólidas y bien trabadas concatenaciones lógicas, los aledanos aéreos de todo un sistema filosófico que, cual otra escala de Jacob, se tiende en lo infinito.

Con su verba diáfana y su firme encadenamiento lógico, va el ilustre literato español desenvolviendo sus ideas sobre la guerra europea, con el cuidado con que un mercader de Oriente, desenrollase un velo antiguo tejido con filamentos de luna. Me

hace entrar en la nebulosa radiante y azul de una metafísica etérea. Háblame de las causas profundas de esta espantosa conflagración. Era una forzosa consecuencia, un camino que debía atravesar, en su peregrinación ascendente, el hombre, vértice, él mismo, de un ángulo inmenso y misterioso cuyos dos lados son lo pasado y lo porvenir. La teoría de Valle-Inclán posee un atractivo fatalismo teológico.

El escritor predice el triunfo próximo de Francia, de Inglaterra, de Italia. Y sus frases llanas y rítmicas adquieren sonoridades de versículo. Parecen salir de los delgados labios, con un doble y profético sentido.

Entonces Valle-Inclán no es sólo el narrador de leyendas, ni el expositor de teorías, es el orador, es más, es el predicador. La delgada figura toma lucimientos ascéticos. El rostro se ilumina con un rayo místico. Y da principio [sic] la hora de la belleza.

Porque de las razones sociológicas y políticas, el estupendo conversador pasa, como por el puente aquel que en el cuento de Grim, estaba hecho con un cabello de hada, a las radiantes comarcas de la Litética.

En ellas está mejor: las recorre como si fuesen su senorio. Habla de la expresión artística, de la forma del verbo, de las cognaciones étnicas en relación con los idiomas, y su discurso, cada vez más cristalino y tenue, viene, como fulgor de estrella, del horizonte de la metafísica. Escucho, de la boca de Valle-Inclán, los mismos conceptos que más tarde había de leer en su último libro: “La Lámpara Maravillosa”.

“Las palabras son siempre una creación de las multitudes. Alumbran en la hora en que se hacen necesarias como verbos de amor y comunión entre los hombres.”

“Las palabras son humildes como la vida. Pobres ánforas de barro, contienen la experiencia derivada de los afanes cotidianos, nunca lo inefable de las ilusiones eternas. El hombre que consigue romper alguna vez la cárcel de los sentidos, reviste las palabras de un nuevo significado como de una túnica de luz.”

“El secreto de las conciencias sólo puede revelarse en el milagro musical de las palabras. ¡Así el poeta, cuanto más obscuro, más divino!”

Y Valle-Inclán, estimulado por su verba, que es una cadencia de plata sonante, va afligando los periodos, cerrando con la gótica llave de oro del ritmo, las cláusulas y matizando sus locuciones con las flores vivas y luminosas de la metáfora. Mi entendimiento lo sigue como siguen los ojos, en el azul, el vuelo de los celajes. Y mientras él teoriza inefablemente, yo lo estudio y pretendo darme

cuenta del poder de su fascinación. Domina; no únicamente por la energía y flexibilidad del pensamiento, sino también por el sonido de la palabra. La articula y la canta de una manera particular, y armoniza, con arte muy delicado, los conjuntos fonéticos. Es un excelente instrumentador de las voces. Y, a la finura de la idea, une la orquestación mozartiana de los vocablos. ¿Un verbo-motor? Probablemente. Pero sobre todo un soberano artístico de la fonética.

Yo había visto en Valle-Inclán al poeta, y luego, al batallador. El heredismo, despertaba imaginativamente, en el hombre de letras al hombre de armas. Y para completar los caracteres de la raza, salía ahora del fondo del “yo” integral, el hombre de altar y claustro, el dialéctico de habilidad asombrosa. El poeta, en cuyas prosas y rimas queda un velado rumor del Cancionero de Baena; el “Marqués”, que recuerda en sus narraciones caballerescas las descomunales batallas del libro portugués, vertido por Montalvo; el fraile teólogo que, como San Bernardo predica cruzadas y escribe tratados de la ciencia de Dios, juntos en un hombre como Valle-Inclán, hacen de éste un tipo representativo que, en su complejidad muestra la imperecedera unidad de una raza.

El escritor, nervioso ya, en plena sobreexcitación, se ha puesto en pie y, hablando, hablando, se pasea a lo largo del saloncillo. El brazo derecho ha recogido, por la espalda, la vacía manga izquierda, y la manquera resulta así, más visible. El brazo que falta ha sido cortado casi a cercén, y entonces la figura que se mueve en las primeras penumbras del atardecer, trae a la memoria, por asociaciones repentinas -materiales y psíquicas- las viejas estatuas mutiladas de los santos de piedra que se yerguen en las hornacinas de las fachadas de los templos seculares.

Ha caído la noche, entretanto. Valle-Inclán me invita a recorrer con él las calles de Madrid hasta la Puerta del Sol. Acepto y bajamos de su blanca y pulida casita. Vamos callados ya por el antiguo y adorable Madrid. Yo, en mi interior, reflexiono y comparo: ¡Cómo ha crecido este espíritu! ¡Qué grandes son las alas de esta “Águila de blasón!” Mas ¡qué bien conservan su candorosa infancia, los ojos y las sonrisas! Cuando habla nuevamente me va contando memorias, caras a su corazón, de Cuba, de México...

..*

Hace pocos días, Valle-Inclán dio una conferencia en la Exposición de cuadros de Anglada. Obtuvo un ruidoso triunfo. Para premiar sus méritos el Go-

bierno acaba de nombrarlo profesor de Estética en la Escuela de Bellas Artes de Madrid. El autor de “Flor de santidad” está ya donde debe estar: en la gloria; en la cátedra.